



TIERRA DE ALUVIÓN





Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2017 Ediciones Papeles del Duende

e-mail: papelesdelduende@yahoo.com

Facebook: papeles del duende ediciones

www.papelesdelduende.com

Teléfono 948 239864

© Gonzalo Mora Martín por el texto

© Gonzalo Mora Martín por las fotografías

ISBN: xxx-xx-xxxx-xxx-x

Depósito Legal: NA-...-2017-

Impreso en España —Printed in Spain

Diseño de portada:

Acuarela de portada:



Gonzalo Mora

TIERRA DE ALUVIÓN

La memoria de un hombre, de un barrio,
de una generación





A mis padres,
a quienes tanto debo, a quienes tanto quiero.

A Maite, que en realidad se llama Marga.





PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Aunque la tentación de ofrecer una segunda edición corregida y aumentada ha sido poderosa —pues Joselito insistía en incorporar algunos episodios de su vida que se le quedaron en el tintero—, finalmente esta nueva edición aparece no más que corregida. Releído con algún detenimiento lo ya publicado, consideré oportuno desbrozar algunas frases, quitar o poner algunos puntos y algunas comas, y también retocar alguna escena, idea o traza argumental que quizás no acababa de lucir debidamente. Todo ello, claro está, con la intención de ofrecer una lectura más ágil y entretenida al lector.

Por otro lado, ha sido decisión de la editorial el purgar las fotografías que aparecen en la primera edición, desechando imágenes de «contenido genérico» y publicando tan sólo aquellas que han considerado más relevantes para la verdad de esta historia. También ha sido idea suya la de agruparlas en el álbum que aparece al final. Aceptando que donde hay patrón no manda marinero tan solo me resta juzgar el resultado final, que me parece atinado.

Gonzalo Mora.





V. BREVE, PERO PRIMERA HISTORIA DEL BARRIO

Frenando un tanto el ritmo de la narración, y soslayando por unas páginas el devenir de las personas, quisiera detenerme ahora en el propio barrio, algo más que un mero decorado si tenemos en cuenta la influencia del medio en quienes lo habitan. Según mi parecer, aquella famosa sentencia orteguiana «yo soy yo y mi circunstancia» viene a sintetizar con absoluta certeza y claridad un pensamiento en el que se establece la interrelación existente entre el hombre y el medio que lo rodea, adjudicándole a éste último un papel fundamental en el desarrollo de las personas. En mi propia historia, el barrio de Las Margaritas ha sido esa circunstancia espacial en la cual se ha vertebrado mi existencia, porque, salvo esos seis primeros años de vida en Alcaraz, el resto de mis vicisitudes existenciales han discurrido entre sus calles y plazas. Por esto, no quisiera que mis paisanos alcaraceños se enfadasen conmigo si digo que me siento de Las Margaritas, toda vez que el Destino quiso traerme tan pronto hasta este barrio humilde y obrero del sur de Madrid. Y de momento ese mismo Destino no me ha zarandeado lo suficiente como para empujarme hacia otro sitio.

—Y si aumentase la intensidad del zarandeo, ¿se marcharía?

—No lo sé, ya veríamos.

Lo que podamos decir de Las Margaritas está marcado por la cuasi total inexistencia de documentos históricos de referencia. Después de haber preguntado en el ayuntamiento de Getafe, husmear en un par de bibliotecas y consultar algunas páginas de internet —ese futuro que, según dicen algunos, se nos viene



encima con una fuerza que nos asombrará—, tan sólo he podido encontrar cuatro generalidades. Lo cual tampoco debiera sorprendernos. Si ya la historia del pueblo de Getafe no ha atraído de forma especial la labor investigadora, menos todavía la de un barrio cuya población rondará el 5% del total. Por este motivo, gran parte de lo que decimos ha surgido de los testimonios de los vecinos —entre ellos mi tía Angelines—, presentes en el nacimiento y posterior desarrollo del barrio.

—¿Pero los testimonios son fiables?

—Tanto como el libro mejor documentado?

Comenzando ya por su toponimia, lo único que he podido encontrar, y por pura casualidad, es una referencia en una crónica deportiva en la que se comentaba un partido del Getafe Club de Fútbol. En este artículo sin firma, el periodista menciona que el campo de Las Margaritas —estadio donde jugaba dicho equipo—, debía su denominación a un bar o venta que, allá por los años 40 del siglo XX, se encontraba en estos lares, y que se llamaba precisamente Las Margaritas. Aunque el cronista deportivo se olvidaba del barrio de forma evidente y hasta grosera, lo que nos interesa es la pista que ofrece para suponer una hipótesis más o menos fiable acerca del toponímico del barrio, toda vez que el campo de fútbol es una construcción anexa y siempre posterior a éste.

—O sea, que primero es la venta.

—Eso es.

—Y luego, el barrio.

—Equilíqua.

—Y ya, por último, el campo de fútbol.

—Veo que lo ha entendido.

Confusamente relacionada con la toponimia del barrio —o al menos así me lo parece—, se encuentra la peculiar denominación de nuestro callejero. Porque si exceptuamos un conjunto de rúas que, o bien estaban construidas, o bien se



construyeron algún tiempo después en derredor del barrio —me refiero a la avenida de las Ciudades; las calles Artillería, Velarde, Sánchez Morate y Doctor Barraquer; y la plaza Jiménez Díaz—, el genio creador que bautizó las calles lo hizo con nombres de flores: Tulipán, Flor de Lis, Hortensia, Crisantemo, Magnolias, Alhelí, Amapolas, Gladiolo, Adelfas, Violeta, Camelias, Begonia, Azahar, Lilas, Geranio, Loto, Lirios, Nardos, Jazmín, Azucena, Rosa, Clavel y Pensamiento. Y la pregunta es: ¿de dónde infiere ese Juan Bautista del callejero que un barrio que se denomina Las Margaritas tenía que albergar necesariamente calles que tuvieran nombres de flores? Sin negarle el esfuerzo que le supuso el toco hilado con el que quiso ofrecernos una estampa de indubitadas connotaciones estéticas y poéticas, lo cierto es que esta asociación de ideas no resulta bien acreditada y se desmorona tras un examen mínimamente riguroso. Quizás si nuestro barrio se hubiera llamado «Urbanización Las Flores»...

—¡Ya está el listo que todo lo sabe!

—Oiga, no se me enfade.

—¡A usted querría haberle visto en el lugar de ese hombre!

Asimismo, y siempre en relación con este bautismo de nuestras calles, tenemos que decir también que ha sido fuente de confusión permanente en el discurrir diario. Acogotados por tanto nombre de flor, la mayoría de los vecinos nos perdemos en este callejero tan similar, no resultando extraño que personas que llevan años viviendo en el barrio, cuando son interrogados por tal o cual dirección, tengan que agachar la cabeza y confesar que desconocen su ubicación, salvo que la calle sea la propia. Ahora bien, como quiera que las referencias espaciales son inevitables, y siguiendo un criterio que se remonta a los albores de la civilización, finalmente los vecinos hemos acabado nombrando las calles en función de un edificio o actividad humana que existe en la misma, de forma que, al margen de lo que ponga en las metálicas y azuladas placas que figuran en las esquinas, las calles



han acabado llamándose «la del estanco, la del cine, la del mercado o la de la panadería de Simón».

—¿La calle Rosa, por favor?

—No sabría decirle.

—Me han dicho que hay una librería.

—¡Ah!, ¡sí hombre!, la calle de la librería Manolita y la peña Los Perejiles. Todo recto y la segunda a la izquierda.

Metidos ya en la harina de la Historia, y respecto a las fechas en las que se construyó el barrio, tenemos que decir que los archivos municipales no recogen más que vagas referencias al quinquenio que va desde 1965 a 1970. Mucho más precisa, en cambio, se muestra la memoria de los primeros habitantes, que tirando de recuerdos personales afirman que no puede hablarse de existencia humana en una fecha anterior a marzo de 1966, si bien los primeros edificios comenzaron a levantarse en el año 1964. Situado en el costado norte de las tapias que entonces delimitaban el R.A.C.A. 13 (Regimiento de Artillería de Campaña nº 13), y en una superficie en forma de trapecio irregular, la construcción del barrio supuso algo así como la avanzadilla de la vida urbana en un mundo eminentemente rural. Efectivamente, miraras hacia donde miraras, tan sólo se veían campos de cereal, algunas casas con huerta y noria, y rebaños de cabras y ovejas. Sin que el cemento o el asfalto hubieran tenido tiempo para acabar con ellos, de los mismos confines del barrio salían caminos de tierra que, por el norte, te llevaban hasta Villaverde; por el oriente, hasta el Cerro de Los Ángeles; y por el poniente, hasta El Bercial y Leganés. Cuando el tiempo acompañaba y el trabajo lo permitía, bordeando sembrados y huertas, o atravesando campos en donde crecían las amapolas, las malvas y el jaramago, la gente caminaba por estos carretiles hasta el piso del pariente o amigo del pueblo.

—¿Qué?, ¿de paseo?

—Sí, vamos a Zarzaquemada, a ver a mi hermana.

—¿Con los niños?



—Sí, que así les da el aire y se cansan para la noche.

Siguiendo una práctica habitual en aquellos tiempos, al menos en el trato con la gente humilde, la entrega de las viviendas se efectuó con las calles y plazas sin urbanizar, y con deficientes o inexistentes redes de alumbrado, saneamiento y recogidas de basuras. Cuando llovía era habitual que las atascadas alcantarillas provocasen charcos y que se formaran barrizales en las calles. Este barro daba sentido a unos artilugios rectangulares —como diminutas porterías de fútbol—, que existían a la entrada de los bloques y que servían precisamente para eso, para quitarse el barro de los zapatos. Los pisos también fueron campo abonado para el abuso de los constructores pues, en cuanto comenzaron a habitarse, aparecieron grietas, goteras y manchas de humedad. La palma de tanto despropósito se la llevaron aquellos bloques de viviendas de la calle Hortensia que se entregaron sin luz, sin puerta y con las escaleras sin pasamanos y sin enlosetar, no más que con los peldaños de cemento.

—¿Y la gente no protestaba?

—Estaban los tiempos como para eso.

—¿Pero algo sí que harían?

—Sí, consolarse con los momentos pasados, que sin duda fueron peores.

Es a finales de los años 70, y a iniciativa del primer ayuntamiento democrático, integrado por socialistas y comunistas, cuando se subsanan la mayoría de los problemas urbanísticos del barrio, y éste adopta su fisonomía actual. Por medio de una reforma impulsada por la concejalía de Urbanismo —cuyo titular era una mujer que se llamaba Rosa, si bien no recuerdo sus apellidos—, y dirigida por el arquitecto Peridis —el mismo que dibuja viñetas político-satíricas en *El País*—, se asfaltan las calles, se construyen aceras y aparcamientos, se visten las plazas con bancos y alguna fuente, y se cimentan parterres donde se plantan árboles y arbustos. Aunque los problemas generados por estas



obras fueron muchos, y no faltaron las críticas tanto a la aparición como a la desaparición de algunos lugares, finalmente quedó patente que del esplendor del orden emanaba algún rayo de belleza y que el barrio ganaba en espacios para la convivencia y el asueto. Además, las obras consiguieron que el barrio reafirmara su peculiar identidad de conjunto que le había distinguido de otros barrios, y que hasta reforzase esa esencia de pueblo que siempre había destilado. Porque, acaso por la similitud arquitectónica de sus edificios; o quizá por su plano, en donde las calles desembocan en plazas, y en el que no faltan los rincones y recovecos; o tal vez por el comportamiento de su gente, que suele hablarse desde las ventanas o sentarse en los bancos al caer de la tarde, lo cierto es que Las Margaritas siempre tuvo un aroma de vida propia, distinta, y hasta distante del caos urbano que le rodea. Y como si de una determinada geografía física se tratara, esta peculiaridad urbanística contribuyó a alimentar un sentimiento diferencial de sus habitantes con respecto al resto del pueblo de Getafe, un sentimiento que se mostraba, por ejemplo, en el momento en que nos disponíamos a ir al centro del pueblo, pues sintiéndonos habitantes de un lugar distinto decíamos que nos íbamos a Getafe, como si nosotros no fuéramos también parte integrante de ese Getafe. Con todos estos argumentos, algunos jóvenes del barrio con inquietudes políticas sustentaron en los albores de la democracia una petición de un estatuto autonómico para el barrio.

—¿Y cuajó la petición?

—¡Cómo va a cuajar semejante estupidez, hombre de Dios!

También es a finales de los años 70 cuando conocemos los primeros datos sobre el número de viviendas, unas 4.000, y de habitantes, unos 11.000. Estas cifras, que luego se ha ido repitiendo como oficiales a lo largo de los años, incluyen a los vecinos de esas urbanizaciones posteriores que fueron la calle doctor Barraquer y la plaza Jiménez Díaz, a los que, a pesar de no



formar parte de ese primer planeamiento urbanístico, los queremos y sentimos como vecinos. Faltaría más. Ahora bien, si nos fijamos únicamente en el barrio propiamente dicho, he encontrado alguna información en la que se refiere una población que ronda los 7.000 habitantes en una superficie de unas 8 hectáreas. Este último dato nos confirma una realidad que resulta apreciable a ojo de buen cubero, y que, entre otras cosas, nos dice que debemos figurar entre los barrios españoles con mayor índice de densidad poblacional. Sobre esta cuestión, en esos años finales de la década de los 70 y comienzos de los 80 —tiempos gloriosos del movimiento vecinal—, recuerdo escritos de las intervenciones habidas en asambleas convocadas por la Asociación de Vecinos Las Margaritas en las que se acusaba a la empresa constructora por haber levantado más edificios de los previstos en el proyecto inicial. Para apoyar su tesis, los denunciante se basaban en la mera observación de la concentración de bloques, concluyendo que los espacios destinados a equipamientos públicos habían servido para construir más viviendas. Sin embargo, estas personas nunca aportaron los documentos que podían acreditar su denuncia, argumentando todo lo más que a ellos se lo habían dicho gente importante dentro del ayuntamiento.

—¿El alcalde?

—No, el alcalde, no.

—¿El concejal de urbanismo, entonces?

—Tampoco.

—¿Entonces quién?

—Que no me tiréis de la lengua, que no lo puedo decir.

Pero desde aquel espíritu verdaderamente socialdemócrata y progresista de los primeros gobernantes democráticos que llegaron al ayuntamiento, poco o nada más han hecho los políticos municipales por el barrio. Es más, muchas de sus posteriores acciones no han conseguido más que empeorar o cercenar cualquier posibilidad de mejora de la calidad de vida de



los vecinos. Los hechos dicen bien a las claras que el barrio ha dejado de importar desde hace mucho a los responsables municipales —quizá más interesado en las nuevas urbanizaciones y barriadas que se han levantado en Getafe—, ya que de todo el enorme capital de suelo que existía allá por el año 70 poco o nada se ha destinado al barrio en sí. La desaparición del paisaje rural bajo el implacable avance de la urbe, o peor, de la especulación y la fiebre constructora, no ha supuesto ningún beneficio para el vecindario, que ha visto cómo aumentaba la presión humana y urbanística a costa de los espacios verdes. Guiados por políticos mediocres e incapaces de mirar más allá de la inmediata rentabilidad económica —tanto para su bolsillo como para su partido—, el Ayuntamiento de Getafe promovió desde mediados de los 80 numerosas expansiones urbanísticas por todo el municipio, legándonos un paisaje total y absolutamente desolador en el que sólo cabe apreciar el esplendor del ladrillo.

—Respire y tome aire.

—Gracias.

—Y ahora continúe.

Ya a comienzos de los noventa es cuando se consuma en la parte norte de la avenida de las Ciudades una operación inmobiliaria en la que resulta patente esta visión social de los gobernantes del pueblo. Me refiero a la demolición de una serie de edificios de titularidad municipal —un frontón, un parque de bomberos, una piscina municipal y el estadio de fútbol municipal Las Margaritas—, para construir más viviendas. De esta forma, los endémicos problemas del barrio, tales como la escasez de equipamientos deportivos o la falta de aparcamientos o jardines, se agravaron al aumentar la presión urbanística y demográfica. Respecto a las zonas verdes, por ejemplo, la nómina se sigue reduciendo al parque de la iglesia —en el callejero, plaza Jiménez Díaz—, cuya superficie tiene que rondar la hectárea, metro arriba, metro abajo. Y aunque es cierto que, también por esas fechas de



comienzos de los 90, se inauguró justo detrás de esos nuevos bloques de pisos el parque de Castilla–La Mancha, también lo es que este espacio no estaba orientado hacia el barrio, sino hacia las nuevas urbanizaciones de adosados y pisos que se construyeron en sus inmediaciones, y que, bautizadas como Getafe Norte ya se extienden hasta la raya con el municipio de Madrid. Desde el punto de vista de este vecino del barrio de toda la vida, cualquier otra actuación urbanística que no hubiera sido guiada por el afán especulativo del negocio inmobiliario hubiera integrado todo el espacio dejado por las demoliciones, incluso algunas hectáreas más, en el susodicho parque de Castilla–La Mancha, de manera que el barrio hubiera podido tener por fin una puerta directa hacia un espacio verde en condiciones.

—Jesús, qué perra tiene este hombre con lo verde.

—¡Qué quiere, señora, si uno viene del campo!

—¡Pues váyase al campo, que yo prefiero el ladrillo!

Como un ejemplo más de todo lo que venimos diciendo, tenemos que referirnos a la propia Universidad Carlos III, ubicada en lo que antaño fue el RACA 13. Sin pretender atentar contra este templo del saber, sí que es preciso decir que su puesta en marcha, lejos de procurarle al barrio algún desahogo en los problemas apuntados, contribuyó decisivamente a su aumento. Sé bien que cualquiera puede alegarme que la llegada de la universidad ha proporcionado beneficios al conjunto del pueblo de Getafe y a sus jóvenes estudiantes, que en muchos casos ya no tienen que atravesar Madrid para ir a estudiar a la Complutense. O que ahora Getafe aparece en el mapa de los telediarios cuando, al tratar cualquier asunto, aparece un experto que resulta ser profesor, catedrático o el mismo rector de la Carlos III. Pero estos intangibles beneficios se han obtenido a costa de empeorar algo tan palpable como la calidad de vida de los vecinos. También en este caso, el barrio de Las Margaritas ha pagado un peaje por un servicio del que se están beneficiando otros, pues el territorio



universitario ha crecido en solares que bien podían haber sido destinados al barrio o a la ciudadanía de Getafe. Tal y como yo lo veo, la vida de los habitantes de Las Margaritas y de otros barrios próximos, hubiera mejorado sensiblemente si esa superficie hubiera sido destinado al esparcimiento ciudadano. Pero ya que decidieron instalarla aquí, alguien tendría que haber intentado al menos la integración de los edificios y espacios universitarios en su entorno más inmediato, de tal manera que la sapiencia y el amor al estudio acabaran impregnando a las gentes del pueblo. El barrio, por su parte, se podría haber convertido en una magnífica ciudad de estudiantes, con sus pisos de alquiler, sus tiendas y sus bares, y la economía de sus habitantes haberse beneficiado de la cercanía de cientos de universitarios. Sin embargo, nadie apostó por la feliz convivencia entre ambas realidades —de hecho el recinto universitario está vallado, y los jardines universitarios se cierran en horarios no lectivos—, y el nombre de Las Margaritas no es para la comunidad universitaria más que el del apeadero en el cual toman el tren de cercanías que les comunica con Madrid. Ellos se lo pierden, claro que ellos se lo pierden, pero esta situación no acaba favoreciendo a nadie. Por un lado, la imagen que tienen los vecinos de la Carlos III semeja a la de una señora ricachona y empingorotada a la que los distintos gobiernos municipales, autonómicos y nacionales le conceden todo cuanto pide, y que mira con presunción a los currantes, jubilados y amas de casa que viven en estas calles. Y por otro, no faltan vecinos que se muestran amenazados por la susodicha señora, imaginando que el barrio puede ser demolido para el engrandecimiento de aquélla.

—¡Venga ya! ¿Y qué van a hacer con nosotros?

—Cualquier cosa.

—Que no hombre, que eso es un disparate.

—Yo en serio te digo que no me fío nada.



En el momento presente, y al igual que sucede en casi todas las ciudades, la mayor amenaza para la vida en el barrio viene del automóvil. Y no me refiero tanto al tráfico que generan, sino a los espacios destinados a su estacionamiento. Ante la falta de dichos espacios, muchos vecinos aparcen sus vehículos en aceras o calles peatonales, y desde las primeras horas de la tarde hasta la mañana del día siguiente, las máquinas invaden sitios destinados a los humanos, impidiendo actividades como el juego de los niños, las tertulias improvisadas o el simple caminar por las calles. Hasta no hace muchos años, este barrio poseía una intensa vida social, pero quizá por esta invasión de vehículos, o quizá porque los tiempos ya son otros, apenas si se ven ahora chavales en las calles, y la gente parece que prefiere quedarse en casa, viendo la televisión o jugando con la video-consola. Hace quince o veinte años, cualquier persona que entrara en el barrio por alguna de sus puertas, procedente de Madrid o del propio Getafe, podía percibir la sensación de entrar en una especie de oasis o reserva humana, en una dimensión en la que el ruido, la velocidad y los agobios parecían mantenerse a raya. Y aunque hoy en día es posible encontrar dicha sensación, lo cierto es que el barrio camina, como una pieza más de la sociedad occidental, hacia su deshumanización.

—Maruchí, ¿por qué no bajas un poquito a la plaza?

—Porque hace mucho calor.

—¿Y en tu casa no lo sientes?

—No, porque tengo encendido el aire acondicionado.

Pero tampoco vamos a ponernos nostálgicos del tiempo pasado, ni recelosos de ese porvenir que se nos viene encima. El futuro siempre tuvo caras sombrías y, aunque la ciencia histórica apunta que es posible prever los resultados en función de las actuaciones presentes, al fin la vida siempre camina con aire imprevisible, o al menos ese es el consuelo que no me niego. ¿Quién sabe lo que puede ser de estas calles dentro de cuarenta o



cincuenta años?; ¿quién sabe si seguirán en pie las casas o algún desastre natural o humano arrasará con ellas?; ¿quién puede aventurar las gentes que las habitarán? Sí, el futuro es impredecible, y buena prueba de ellos es que nadie de mi generación imaginó que el barrio se llenaría de hombres y mujeres originarios de América del Sur, del África subsahariana o de la Europa del Este; o supuso que los negocios de siempre iban a estar en manos de chinos, y que veríamos caminar por las calles mujeres ataviadas con chilaba y velo. Partiendo precisamente de esta realidad presente, a todo lo que me atrevo, con optimismo y sin garantía de acierto, es a imaginar el surgimiento de una nueva generación multiétnica y multicultural que, tras reconocer los problemas existentes en el barrio, se atreva a plantarles cara y aportar soluciones novedosas. No lo tienen nada fácil, pero al menos ya saben que el progreso y la calidad de vida no era esta desolación humana y ecológica que nos han estado vendiendo durante los últimos veinte o treinta años, y que ahora nos ahoga cuando nos asomamos por la ventana de nuestra casa, y vemos montañas de ladrillos refulgiendo bajo el sol poniente y mares de automóviles estacionados en las calles y plazas. Siguiendo con mi optimismo defiendo que, a pesar de los pesares, el barrio de Las Margaritas no es un mal sitio para vivir —de hecho yo sigo viviendo en él—, y que invirtiendo algo de dinero se dejaba todo niquelado. Cosas más raras se han visto, pero igual en el futuro, y a raíz del éxito de este libro, el barrio se pone de moda y se convierte en un barrio de artistas.

—¿Como el de Montmartre o el de Brooklyn ?

—Sí, algo así.

—¿O como algún barrio de Ámsterdam o Berlín?

—Sí, también como esos.

—Hombre, la verdad es que cualidades tiene.



TIERRA DE ALUVIÓN

ÁLBUM FOTOGRAFICO

Gracias a los participantes en el Facebook
«No eres de Las Margaritas si no...».
Muchas de las fotos que aparecen
en este álbum os pertenecen



Arriba, la calle Mayor de Alcaraz. Abajo, panorámica de Alcaraz, con las torres de La Trinidad y El Tardón





Vista aéreas. Arriba, del conjunto del barrio. Abajo, de la zona comprendida entre calle Barraquer y la plaza Jiménez Díaz, con la parroquia en primer término. A la izquierda, el barrio *de Las Margaritas*, *propriadamente dicho*





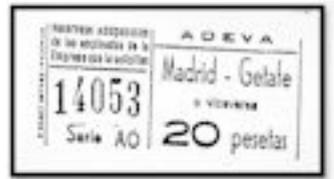
El barrio en construcción, aunque ya habitado. ¿Primera fotografía de Las Margaritas? Abajo, fotografía en el pórtico de entrada al barrio





Fotografías del pórtico de entrada al barrio,
desde diferentes perspectivas y con distintos protagonistas.





La ADEVA (Madrid-Juan de la Cierva) y el billete de entonces. Al lado, familia paseando en uno de los caminos que salían del barrio.



Primera comunión en el barrio. Comienzos de los años 70.
Abajo, vista del colegio Santa Margarita María de Alacoque.
En un primer plano, lo que aún no era la avenida de las
Ciudades, y, al fondo, el Cerro de Los Ángeles.





Vecinas del barrio en un portal de «los antiguos». Abajo,
otra instantánea de otro grupo de vecinas.





Vista aérea de la plaza la plaza Jiménez Díaz. El colegio Sorolla se encontraba en los soportales de los primeros bloques. Abajo, escolares en esa misma plaza. Adivinen dónde está Joselito.





La plazuela de Los Taburetes, si bien hoy no hay taburetes y esa farola impide partidos de baloncesto. Al fondo, la calle Adelfas. En nuestros años, los coches no podían circular por ella.





El descampado donde jugamos contra el Colonia Butano. A la izquierda, el campo del Getafe. Al fondo, El Ventorro.



Panorámica del campo del Getafe. En primer plano, la piscina municipal, apreciándose la entrada al bar y sus exiguas instalaciones. Abajo, el trampolín de la Costa de Vigo.





Entrada con vista aérea del estadio de Las Margaritas. En primer plano, las instalaciones de la piscina Municipal.





Otra foto del estadio municipal, en esta ocasión tomada desde el fondo donde nos situábamos Los Taburetes



Una alineación del Getafe de aquellos años 70.





Puerta de entrada al Instituto Silverio Lanza



Bachilleres a la puerta del Silverio Lanza. Joselito no aparece, pero sí compañeros suyos de clase. En el partido de baloncesto, en cambio, sí pueden encontrarlo.





Un grupo de jóvenes del barrio delante de los billares Gredos en los años 80. Abajo, el local en la actualidad, utilizado para la ampliación de un bar cercano.





Al igual que los billares Gredos, el cine Las Margaritas ya no existe. En su lugar, podemos encontrar un hipermercado. Abajo, imagen del bar Londres, un clásico del barrio, al igual que el Zamora, el Penalty, el Naranja... Y tantos otros.





Exterior de la parroquia del barrio, templo tan ligado a mi vida sacramental. Abajo, placa de la calle Clavel.





La calle Madrid en los 80. Abajo, una invitación para la discoteca Mister Black y carteles de actos literarios en La Tertulia, entre ellos una conferencia de Umbral.





Arriba, la pollería del Dioni, hoy cerrada y olvidada, como la mayoría de los puestos del mercado viejo. Abajo, una de las puertas de entrada a este mercado





Arriba, la puerta de entrada al RACA 13, perdón, a la universidad Carlos III Abajo, valla actual de esa universidad Por aquí pasábamos, y seguimos pasando, en nuestras idas y venidas al centro de Getafe.





Arriba, la plaza del barrio. Al fondo, el bar Plaza; a la derecha, quedarían los billares. Abajo, un tramo de la avenida de las Ciudades.





Negocios característicos del barrio: la peluquería y la zapatería.





Dos rincones del barrio tras la remodelación.



